



su padre á Faraon, y le presentó ante él. Jacob bendijo á Faraon, y este le preguntó: «¿Cuántos son los días de los años de tu vida?» Jacob respondió: «Los días de mi peregrinacion son ciento treinta años, cortos y malos; y no han llegado á los días de mis padres, en los cuales peregrinaron.» Y despues de haber bendecido á Faraon, salióse fuera.

José estableció á su padre y á sus hermanos, les dió posesiones en la tierra de Egipto, en la mejor localidad de este país, á saber: en el país de Ramessés, segun lo habia mandado Faraon. Proveyó de pan á su padre, á sus hermanos y á toda la casa de su padre, cada uno segun el número de sus hijos.

Como el hambre iba siempre en aumento en el país de Canaan, así como en Egipto, y de todas partes se acudia á José para comprar trigo, este hizo ingresar grandes sumas en el tesoro del rey, adonde afluia el dinero de los dos países en tal abundancia, que bien pronto los compradores carecieron de él. Entonces los egipcios vinieron á José, y le dijeron: «Danos pan, porque moriremos delante de tí por falta de dinero.» José les hizo traer sus ganados, y les dió víveres á cambio de ellos en este año. Al siguiente, cedieron al rey sus tierras y sus personas por pan y semillas. De esta manera, José sometió al rey toda la tierra de Egipto de un extremo á otro, exceptuando la tierra de los sacerdotes, que les estaba asignada por el rey para su subsistencia y que no les era permitido venderla. Cuando la esterilidad estuvo á punto de terminar, José dijo al pueblo: «Hé aquí que Faraon posee, como veis, á vosotros y á vuestras tierras; tomad semillas y sembrad los campos. Al tiempo de la recoleccion dareis la quinta parte al rey; las cuatro restantes las deo para simiente y para alimento á vuestras familias é hijos.» Ellos respondieron: «En tu mano está nuestra vida; que nosotros continuemos hallando gracia en nuestro amo, y serviremos voluntariamente á Faraon.» «Desde aquel tiempo hasta hoy, añade Moisés, se paga en Egipto al rey la quinta parte, á excepcion de la tierra sacerdotal, que fué exenta de esta contribucion (1).»

(1) Gén., 47.

Esta exencion de las tierras sacerdotales subsistia todavia cuando Diodoro de Sicilia escribia bajo Julio César. Por lo demás, los sacerdotes del Egipto no eran solamente lo que en su genuino sentido entendemos por tales sacerdotes; eran además la nobleza del país y la clase privilegiada de los sábios y magistrados; frecuentemente el rey se tomaba de entre ellos. En último resultado, Faraon adquirió el soberano dominio sobre todo el Egipto, y los egipcios vinieron á ser sus súbditos propiamente dichos. En cuanto á la quinta parte de los productos, para un país tan fértil y que no requiere apenas cultivo, no iguala á lo que se paga generalmente por contribuciones en nuestros días. Tambien la memoria de José ha quedado como bendita en el Egipto; hoy todavia, despues de más de treinta y cinco siglos, su nombre está en la boca de todos los egipcios, y á él es á quien se atribuyen casi todas las grandes y útiles instituciones de su país.

El título de *Faraon* era para los antiguos mizraim lo que es el *sultan* para los turcos, el *shah* para los persas, el *khan* para los tártaros; significa rey.

Jacob vivió diez y siete años en la tierra de Gessen, donde se multiplicaba excesivamente su familia. Cuando vió aproximarse el día de su muerte, llamó á su hijo José, le hizo poner la mano debajo del muslo, y prometerle que haria la caridad de no enterrarle en Egipto, sino que trasportaria su cuerpo al país de Canaan, en el sepulcro de sus padres. José respondió: «Yo haré lo que has mandado.» Y él dijo: «Pues júramelo.» Y como José lo jurase, Israel adoró á Dios, vuelto hácia la cabecera de la cama (1).

Algun tiempo despues se anunció á José que su padre estaba enfermo. Se dirigió hácia él con sus dos hijos, Manasés y Efraim. Dijeron al anciano: «Mira que tu hijo José viene á tí.» Y tomando aliento, sentóse sobre la cama, y dijo á José luego que hubo entrado: «El Dios Omnipotente se me apareció en Luza, que está en la tierra de Canaan, y bendíjome, y dijo: «Yo te aumentaré y multiplicaré, y te ha-

(1) Gén., 47.



»ré llegar á ser una multitud de pueblos, y »daré esa tierra á tí y á tu posteridad despues »de tí en posesion sempiterna.» Por tanto, tus dos hijos Efraim y Manasés, que te han nacido en tierra de Egipto antes que yo viniera acá á tí, míos serán, como Ruben y Simeon. Mas los que tuvieres despues de estos, tuyos serán, y serán llamados del nombre de sus hermanos en sus posesiones. Porque cuando volvia yo de Mesopotamia, Raquel murió en el camino, á alguna distancia de Efrata, y la enterré cerca del camino de Efrata, que por otro nombre se llama Bethlehem.» Jacob veia con pena que no tenia más que dos hijos de su muy amada Raquel; por esto hizo dos tribus de los descendientes de José.

Habiendo visto el santo anciano á sus dos hijos, preguntó: «¿Quiénes son estos?» José respondió á su padre: «Son hijos míos, que el Señor me ha dado en este país.» «Acércamelos, dijo Jacob, para bendecirlos.» Porque los ojos de Israel se habian oscurecido á causa de su vejez y no podia ver distintamente. Les hizo, pues, aproximar, y besándolos y abrazándolos, Israel dijo á José: «No creia volverte á ver más, y hé aquí que Dios me hace ver aún á tus hijos.» Y habiéndoles retirado José del regazo de su padre, se prosternó, encorvándose hasta la tierra. Despues, colocando á Efraim á su derecha, á la izquierda de Israel, y á Manasés á su izquierda, hácia la derecha de su padre, á entrambos los acercó á él. É Israel, extendiendo su mano derecha, la puso sobre la cabeza de Efraim, que era el más joven, y la izquierda sobre la cabeza de Manasés, que era el primogénito, cruzando las manos. Y bendijo á José y dijo: «Que el Dios en cuya presencia anduvieron mis padres Abraham é Isaac, el Dios que me mantiene desde mi juventud hasta el día de hoy, el ángel que me ha librado de todo mal, bendiga á estos niños; que lieven mi nombre y el nombre de mis padres Abraham é Isaac, y que se multipliquen poderosamente sobre la tierra.»

Pero viendo José que su padre colocaba su mano derecha sobre la cabeza de Efraim, lo llevó á mal, y tomando la mano de su padre, intentó alzarla de sobre la cabeza de Efraim y

trasladarla sobre la cabeza de Manasés, y le dijo: «No conviene así, padre mio; porque este es el primogénito; pon tu derecha sobre su cabeza.» Pero su padre, rehusándolo, dijo: «Lo sé, hijo mio, lo sé; este ciertamente será tambien un pueblo, y será grande; pero su hermano menor será mayor que él, y su posteridad será la plenitud de las naciones.» Bendíjolos en este día, diciendo: «En tí será bendito Israel, y se dirá: Que Dios te bendiga como á Efraim y Manasés.» Y puso al último antes que el primero.

Israel dijo tambien á José: «Ya ves que me estoy muriendo, y Dios será con vosotros y os volverá á llevar á la tierra de vuestros padres. Te doy sobre tus hermanos una porcion, que tomé de mano del Amorreo con mi espada y mi arco (1).»

Esta porcion de tierra que Jacob da á José, era el campo que habia comprado á los hijos de Hemor. Jacob dice aquí que habia ganado esta herencia á los amorreos con su espada y su arco. Es posible que Jacob, cuando se retiró de este campo despues del saqueo de Sichem, los amorreos le hubiesen ocupado, y que despues le recuperó por las armas. En este campo fué donde nuestro Salvador habló con la Samaritana, y que con motivo del pozo que en su tiempo la tradicion atribuia á Jacob, la abrió las fuentes de la vida eterna.

Israel, lleno del espíritu de Dios, dió la preeminencia á Efraim sobre Manasés, y esta preeminencia le ha sido conservada en los siglos siguientes de una manera admirable. Efraim es el poder de mi cabeza ó de mi corona, canta el profeta rey (2). Y despues que se sustrajeron diez tribus de la dominacion de Roboam y formaron un reino distinto, que se llamó el reino de Israel por oposicion al de Judá, el primero fué llamado frecuentemente reino de Efraim del nombre de esta tribu, la cual sin embargo no era en el fondo más que la mitad de la tribu de José. Dios tambien llama más de una vez con el nombre de Efraim á las diez tribus de Israel, ya prometiéndolas gracias especia-

(1) Gén., 48.

(2) Ps., 59, 9.





les, ya doliéndose tiernamente de su ingratitude.

Pero qué gran solemnidad se prepara todavía. Después de una vida de más de siglo y medio, al punto de reunirse á su pueblo, Jacob llama á sus hijos al rededor de su cama y les dice: «Congregaos, para que anuncie lo que os ha de suceder en los últimos días. Congregaos y oid, hijos de Jacob, oid á Israel vuestro padre.» Después dirige á cada uno, con su propia bendición, ya quejas, ya alabanzas; en particular, predicciones sobre el carácter, la fuerza ó debilidad de su tribu, sobre el país que habitaria y la suerte que la cabria en la tierra prometida; predicciones que todas se cumplieron cuatro ó cinco siglos después. A Ruben declara que en castigo de su incesto, no tendrá ningun privilegio de primogenitura. A Simeon y Leví hace cargos por la matanza de los sicheimitas; y maldita sea su cólera, exclama, porque ha sido inexorable; maldito sea su furor, porque ha sido cruel. Yo los dividiré en Jacob y los esparciré en medio de Israel. Lo que en efecto se verificó, cuando en la division de la tierra prometida Simeon fué dispersada en la tribu de Judá, y Leví en todas las demás. Cuando llegó á su cuarto hijo, á Judá, cuyo nombre significa *alabanza*, el espíritu del patriarca-profeta se animó y elevó: «Judá, te alabarán tus hermanos; tu mano será sobre la cabeza de tus enemigos; los hijos de tu padre te adorarán. Cachorro de leon, Judá; á la presa subiste, hijo mio, reposando te acostaste como leon y como leona, ¿quién te despertará? El cetro no saldrá de Judá, ni el príncipe de su posteridad, de otra manera, de entre sus estandartes, hasta que venga el que ha de ser enviado, ó el Mesías; y él será la expectacion de las gentes, de otro modo, á quien pertenece la obediencia de los pueblos (1).»

Para evitar toda discusion, hemos traducido estas palabras sagradas como las traducen los doctores más respetados de los judíos, ya por su antigüedad, ya por su ciencia; aquellos de los cuales imprimen frecuentemente los comentarios con el texto mismo de la *Biblia*, tales

(1) Gén., 49, 8-10.

como Salomon Yarhi y Onkelos (1). Esto sólo nos demuestra que la antigua sinagoga veia en estas palabras, como todos los cristianos que el Mesías nacera de la tribu de Judá, cuando ella perdió el poder soberano. En cuanto á su cumplimiento, no es necesario más que tener ojos para reconocerle en Jesucristo.

La tribu de Judá, la más poderosa siempre entre las tribus de Israel, viene á ser la tribu real desde David, conserva el poder soberano, el derecho de vida y de muerte hasta en la cautividad de Babilonia; forma á su regreso una nacion independiente bajo jefes que escoge libremente, y da su nombre á todos los descendientes de Jacob. Mas, por último, le es arrebatado el cetro; los romanos la imponen por rey á un extranjero, el Idumeo Herodes; al punto deja de ser un reino, y viene á ser una provincia romana; no la es permitido ya más condenar á nadie á muerte. Entonces aparece el gran enviado, el Mesías, el Cristo; una parte de sus hermanos le adoran; leon de la tribu de Judá, triunfa de la muerte, del infierno y del mundo; los pueblos se someten á su imperio. Y después de haber sido la esperanza de las naciones por espacio de más de cuatro mil años, desde hace dos mil, ya no le espera nacion alguna. El contumaz judío confiesa que los tiempos han pasado, que el Mesías ha debido venir; solamente que, añade temblando, aún está escondido; para él, esto es verdadero. Como los hijos de Israel en Egipto, estaban á presencia de José y no le conocian.

Después de haber bendecido á cada uno de sus doce hijos, Jacob les mandó le enterrasen en la cueva de Mambrée con Abraham é Isaac; después, recogiendo sus piés sobre la cama, murió y fué agregado á su pueblo (2). Viendo José á su padre muerto, se arrojó sobre su rostro llorando. Mandó á sus médicos embalsamar el cuerpo segun el método más perfecto, porque allí habia tres, más costosos uno que otro. Los egipcios, sin duda por orden del rey, llevaron el duelo de Jacob durante setenta dias;

(1) Véase, entre otros, un *Pentateuco* impreso en Offenbach hace unos cincuenta años.

(2) Gén., 49.



era casi tan largo como para los mismos reyes, con la diferencia de dos dias.

Habiendo pasado los dias del duelo público, José suplicó á los oficiales del rey obtenerle el permiso para ir á enterrar á su padre en su sepulcro hereditario en la tierra de Canaan. El rey lo ordenó así. José partió entonces con toda su casa y sus hermanos; no dejaron en Gessen más que los niños y los ganados. Además, todos los ministros de Faraon, los senadores de su palacio, así como todos los senadores de Egipto, le acompañaban con carros y gente de á caballo. Su comitiva formaba, en fin, un gentío no pequeño.

Llegados á la era de Atad, que está situada á la otra parte del Jordan, celebraron los funerales con llantos y gritos, y José dirigió allí el duelo durante siete dias. Cuando vieron esto los moradores de la tierra de Canaan, dijeron: «Grande duelo es para los egipcios.» Por esto se llamó aquel lugar *Duelo de Egipto*. Los hijos de Jacob hicieron lo que su padre les habia mandado, y llevándole á la tierra de Canaan, le enterraron en la cueva de Macphelah, enfrente de Mambrée, que Abraham habia comprado á Ephrón Heteo, para hacerle lugar de su sepultura.

Cuando le hubieron enterrado, José volvió á Egipto con sus hermanos y todos los que le habian acompañado. Viendo sus hermanos que el padre habia muerto, tuvieron miedo y se dijeron uno á otro: «No sea caso que se acuerde de la injuria que padeció, y nos devuelva todo el mal que le hicimos.» Le enviaron, pues, á decir: «Tu padre nos mandó antes de morir que te dijéramos esto en su nombre: «Ruégote que olvides la maldad de tus hermanos, y el pecado y la malicia que ejecutaron contra tí.» Nosotros tambien te rogamos que perdones esta iniquidad á los siervos del Dios de tu padre.»

Mas José lloró cuando oyó estas palabras. Habiendo venido sus hermanos, se prosternaron ante él y le dijeron: «Siervos tuyos somos.» José les dijo: «No temais; ¿podemos acaso resistir á la voluntad de Dios? Vosotros pensásteis mal sobre mí; mas Dios lo convirtió en bien para ensalzarme, como lo veis al presente, y para hacer salvos á muchos pueblos. No temais; yo os mantendré á vosotros y á vuestros hijos.» Y les consoló y les habló con suavidad y blandura.

José habitó así en Egipto con toda la familia de su padre, y vivió ciento diez años. Vió los hijos de Efraim hasta la tercera generacion. Los hijos de Machir, hijo de Manassés, nacieron igualmente sobre las rodillas de José. Después de esto, dijo á sus hermanos: «Yo muero, y Dios os visitará y os hará subir de esta tierra á la tierra que juró á Abraham, á Isaac y á Jacob.» Tomó, pues, juramento á los hijos de Israel en estas palabras: «Dios ciertamente os visitará; entonces llevad mis huesos con vosotros de este lugar.» En seguida murió, á la edad de ciento diez años; y habiendo sido embalsamado, fué depositado en una caja en Egipto (1).

Tales fueron la vida y la muerte de José, patriarca admirable, muy digno en todo de prefigurar á Jesucristo. ¿Quién no le amará con su padre? Pero tambien, contemplando su vida, ¿quién no admirará y bendecirá la paternal Providencia de Dios, que prueba á los justos para hacerlos más justos aún, y hacer servir su justicia para salvacion de todos? Este misterio divino, que se ha cumplido en el Justo, muriendo sobre la cruz por todos los culpables, se manifiesta tambien en un biznieto de Esaú.

(1) Gén., 50.